

El galanteo en el Campo de Cartagena

José Sánchez Conesa

*Cuando yo galanteaba,
con mi revolver del mil,
a mi nadie me asustaba,
que una noche le pedí,
el «¿Quién vive?» a una bolaga*

(Popular. Malagueña bolera del Campo de Cartagena,
grabada por el cantaor flamenco Antonio Piñana)

Resumen: El presente artículo recoge los testimonios de personas mayores encuestadas en localidades del campo de Cartagena sobre las estrategias de aproximación de sexos. Contribuía a ello, de manera notable, el calendario festivo tradicional.

Abstract: This paper gathers testimonies from older people in the Cartagena countryside area regarding approaching strategies to the opposite sex. The traditional bank holidays played an essential role.

En nuestro trabajo de campo por la comarca de Cartagena encuestamos sobre determinados ritos de paso o tránsito como puedan ser el noviazgo y el matrimonio, así como el calendario festivo tradicional, aspectos que, por otra parte, se complementan como tendremos ocasión de comprobar en el presente artículo.

Galanteo es la acción de galantear, siguiendo el Diccionario de la Real Academia: *Requebrar a una mujer. Procurar captarse el amor de una mujer, especialmente para seducirla. Solicitar asiduamente alguna cosa o la voluntad de una persona.*

Galantear, que viene del francés *galant*, persona galante, era el verbo más con- jugado por los habitantes de esta zona para definir el acercamiento entre sexos con fines amorosos, así como también *pretender*, del latín *praetendere*: *Querer conseguir algo. Hacer diligencias para conseguir algo. Cortejar un hombre a una mujer para hacerse novios o para casarse.*

En efecto, abordamos aquí como galanteaban nuestros encuestados, con edades comprendidas por lo común entre los sesenta y los ochenta años, residentes y en su mayoría nacidos en pueblos de esta comarca.

En un mundo dominado por la represión sexual no era fácil el contacto entre hombres y mujeres, por ello resultaban fundamentales determinadas actividades festivas o lúdicas para esta aproximación: Las fiestas patronales, la matanza del cerdo, el juego de los adagios, las peticiones de aguinaldo y bailes de puja, el carnaval, cruces de mayo, etc.

Por cierto, he escogido una letra del folklore comarcal para encabezar este texto. Comentándosela a un amigo aficionado y estudioso del flamenco de nuestra tierra como es Juan Ruipérez Vera me dice que define perfectamente lo que le pasó al abuelo de su esposa, suceso acaecido en los años fronterizos de finales del XIX y comienzos del siglo XX:

Se llamaba León Padilla Aparicio, de Lobosillo. Una noche andaba por el campo para ver a una novia de Valladolides cuando creyó ver a lo lejos la sombra sospechosa de un hombre que le iba a asaltar para robarle. Le disparó dos tiros con la pistola que siempre llevaba cuando salía a galantear. Descubrió que era la mata de la bolaga, que el viento movía.

El relato nos sitúa, en nuestra modesta opinión, ante un cuento popular, aplicado a una circunstancia histórica concreta, pero cuento al fin y al cabo, similar al titulado *El fanfarrón*, nº 98 de la colección recogida sobre el cuento popular en Torre-Pacheco. En este mismo volumen podemos apreciar la importancia del tema del galanteo en la tradición narrativa, bajo los epígrafes F 3 (92 A 99) *Tontos cortejando* y J (228 A 235) *Mozos cortejando*¹. En esta amena y extensa recopilación de relatos del pueblo, coordinados por Anselmo J. Sánchez, leemos ejemplares diversos donde quedan al descubierto la ignorancia y torpeza del muchacho en las prácticas sexuales, o bien la escasez de *luces* mostrada en las relaciones interpersonales con sus futuros suegros. Se retratan unos tipos fanfarrones, ambiciosos o interesados, tanto es así que lo que más les motiva es cenar caliente en casa de la suegra que el amor a la moza en cuestión.

Comenzamos el desbroce.

1 SÁNCHEZ FERRA, A; RABAL SAURA, G; RODRÍGUEZ BUENDÍA, J.M. Camándula. El cuento popular en Torre-Pacheco, en *Revista Murciana de Antropología*, nº 5, Murcia 2000.

LOS JUEGOS DE CORTEJO

Se daban unos primeros juegos, que no eran propiamente de cortejo, correspondientes a la pubertad, etapa en la que comienzan los primeros escarceos al despertarse la atracción hacia el sexo, siendo los juegos más comunes el anillico o las prendas.

En el del **anillico** cada participante deposita una prenda. La persona que dirige el juego coge un anillo entre las palmas de sus manos y va pasando por el corro que forman el resto de jugadores, quienes igualmente disponen sus manos unidas por las palmas, preparadas para recibir el anillo, pero evitando que el compañero que esta junto a él perciba que lo ha recibido, si este es el caso. El director lo dejará con sigilo a uno de ellos y dirá las palabras: *El anillico se ha perdido y de este corro no ha salido. Que lo busque...Fulano*. El jugador designado, que como todos, habrá estado atento para poder descubrir al receptor dirá un nombre. Si falla pagará una prenda y si acierta pasa a dirigir el juego.

Las **prendas**, juego que puede ser complementario del anterior, comienza cuando los participantes aportan al director del juego una prenda, es decir, un objeto de su propiedad: pañuelo, zapato, reloj, etc. El director cogerá una prenda y dirá las palabras: *Que trabajo le damos al dueño de esta prenda que ni mal ni bien le venga*. Le mandará un trabajo que si cumple el jugador posibilitará que recupere lo que ha dado de fianza, en cambio si no ejecuta la orden lo perderá. Ejemplos de trabajos: Declararse amorosamente a alguien, darle un beso a la primera persona que pase por la calle, llamar a la puerta de una vecina y salir corriendo, y otras gamberradas mayores.

En El Estrecho, pedanía de Fuente-Álamo, pudimos escuchar de boca de Balbina García Pagán el juego llamado **parir la gata**:

Se sentaban en un poyo, mozos y mozas revueltos, y empujando con el culo todos tenían que echar al suelo al jugador o jugadora que estaba sentao en la punta, que caía a veces con un culazo. Se levantaba y volvía a la fila pero en la otra punta para hacer fuerza y echar al siguiente.

Otro juego es **el desprecio**, que precisamente nos lo contó en El Estrecho María Meroño García. Consiste en situar dos sillas frente a frente. En una se sentaba una moza, en la otra un mozo. Si a la muchacha le agradaba la compañía, le daba conversación. Si por el contrario le desagradaba, ésta le daba la espalda. ¿Cabe más ingenuidad?

En Balsicas (Torre-Pacheco) cuentan un juego de antaño para discernir los gustos de las mozas con respecto a los mozos:

Se ponían dos sillas de espaldas y daban porrazos en el suelo o en una mesa y le decía tres nombres de tres amigos y si estaba conforme con el primero se levantaba y se iba (con él de paseo), y si no estaba conforme decía que no.

Ingenuos, pero muy directos.

La realización de tareas agrícolas era motivo de encuentro, como la acción de **esperfollar**, es decir, quitar *la perifolla*, hojas secas que recubren las panochas de maíz, empleadas para el relleno de colchones y como forraje.

En La Puebla, María Sánchez Soto:

Si a un mozo le aparecía una panocha roja le daba un abrazo a la que tenía al lao y si la muchacha no quería le daba con la panocha en la cabeza. Se les convidaba con bizcocho, pastas, anís para los amigos que venían a ayudar de gratis. Había juerga porque era gente joven, chistes.

La matanza del cerdo era un acto social de gran importancia pues suponía el pórtico de la gran fiesta de la Navidad, constituyendo un momento de encuentro para la familia, amigos y vecinos.

Recogemos nuevamente las palabras de María Sánchez Soto, de La Puebla, perteneciente al término municipal de Cartagena:

Se gastaban bromas porque se le echaban a las morcillas estropajos o mucha pimienta y todo el mundo se callaba para que los demás picaran. Los mozos y las mozas se tiznaban la cara con un limón partío que antes restregaban por el culo de la sartén. Los pretendientes se colaban en la casa sin pedir permiso, aprovechando que había mucha gente.

Cuando hemos tenido oportunidad de entrevistar a personas que han ejercido el oficio de matarife o matachín, siempre han comentado su participación en estos juegos, sobre todo untando de sangre de cerdo la cara de alguna de las jóvenes más guapas de la reunión. Leamos lo que cuenta un antiguo matachín residente en El Albujión, Fulgencio Carrión Martínez:

Los jóvenes pasaban las manos por el tizne para untar la cara del personal que había allí, jóvenes y menos jóvenes. El matarife, yo lo hacía, le pinchaba al cerdo y yo me fijaba en alguna mozueta que estuviera bien pa que meneara la sangre y ella se ponía y yo me untaba la mano de sangre y le untaba la cara, como ella tenía las manos ocupás.

En Roldán (Torre-Pacheco) nos lo contaron el grupo integrado por Luciano Martínez y su esposa Soledad, Anacleto Martínez, Julián Botía, Mariano Sanmartín y José Armero:

Se jugaba a untarse la cara con masa de morcilla y tizne de la caldera, que se cogía con la mano. Se le echaba mucha pimienta a una ristra de morcillas, que aquello picaba, y en lugar de vino se le echaba vinagre al porrón o a la bota. Pero la gracia estaba en no decirlo para que otro picara también. ¡Había que ver las caras! Los mozos y las mozas jugaban a esconderse por las habitaciones de la casa.

Este último elemento es digno de ser tenido en cuenta por las oportunidades que se les pudieran ofrecer, por unos breves momentos lejos de la vigilancia de los mayores. No nos extraña pues que esta fiesta, como otras, aportara una cierta liberalidad en las costumbres, una relajación del control social como apreciamos en la comunicación de nuestro informante Asensio Soto Aznar en Cuestablanca (Cartagena):

Las mujeres fumaban matalauva, sólo en las matanzas. Entonses no fumaban las mujeres na más que en las matanzas. Lo liábamos con papel de fumar que llevaban los hombres, las semillas.

Con la Pascua llegaban las cuadrillas cantando sus coplas de petición de **aguilando** casa por casa. El guión o solista, que improvisaba las coplas, dirigía sus versos a los dueños de la casa, sin olvidarse especialmente de las hijas casaderas. Con mayor motivo si entre los músicos se encontraba alguno interesado en establecer relaciones.

Hallamos estas letras de aguinaldo en Dolores de Pacheco:

*Esta casa es casa grande
con ventanas y balcones
y las niñas que hay dentro,
parecen ramos de flores.*

*Quién es esta señorita
que en esta casa resplandece.
Es la señorita Fulana,
que todo se lo merece.*

En otras ocasiones el novio acompañaba a los músicos, y como nos informó Antonio Pagán, en Cuevas de Reylo (Fuente-Álamo):

Cuando se le cantaba a la novia, el novio, en señal de alegría, tiraba tiros al aire.

Los adagios o echar los años era el juego que más claramente se fijaba como objetivo emparejar a personas de uno y otro sexo, a veces consiguiéndolo como afirman numerosos informantes en todos los pueblos consultados. No pocos matrimonios salieron de él. La fecha de celebración parece recordar a solteros y solteras que otro año había pasado sin casarse, velando así la comunidad local por su propia reproducción².

Para Luciano Martínez, de Roldán, se trataba de adivinar con quien te casarías.

En cambio Antonia Conesa, de localidad pachequera de Balsicas, aporta otra significación a los adagios, conocidos también como refranes:

Metías la mano en una bolsa, sacabas un refrán, y eso era ya pasar el año. Decía: Tienes que pasar el año con Fulanico o con lo que tocaba, y ese era el baile de los refranes.

Antonia Hernández de la pedanía cartagenera de Tallante:

Se jugaba a las prendas y se escribían los años o adagios la víspera de Año Nuevo en un baile, en una casa particular. Se formaban noviajes.

El desarrollo del juego nos lo explica amablemente Joaquín Barcelona, de La Pinilla (Fuente-Álamo):

Se formaban tres montones de papelicos liaos. En cada uno de ellos los nombres de los hombres, mozos y viudos, en otro montón los de las mozas y viudas y en el tercero los adagios que estaban escritos. Se iban emparejando un nombre de mujer con uno de hombre, a los que correspondía un adagio.

Lo que no nos explica Joaquín es que el director del juego o una mano inocente sacaba de cada una de las bolsas los correspondientes papeles. Si bien en muchos casos se manipulaba para emparejar a quienes interesaba, tanto como si se trataba de facilitar la formación de una nueva pareja a la que, por indecisión del chico, *les faltaba un empujón, o bien como* objeto de burla haciendo coincidir, por ejemplo, al feo o tonto del pueblo con la más rica y distinguida. Igualmente era frecuente

2 SÁNCHEZ CONESA, J. Ritos, leyendas y tradiciones del Campo de Cartagena. Editorial Corbalán. Cartagena, 2004.

introducir papeletas con nombres de animales o accidentes geográficos: *La burra del tío Fulano, el macho de las cabras del puente o el Cabezó Gordo.*

Para propiciar el ambiente algunas de las sentencias leídas eran picantes como podemos comprobar gracias a la buena memoria de Josefa Alcaraz Palomares, residente en El Campillo de Fuente-Álamo:

*Debajo de un tomillo,
te lo pillo.*

*Cada vez que te veo las blancas tetas,
se me corre el pestillo de la bragueta.*

*Te subiste a la colaña
Y te vi la castaña.*

*Si quieres que te lo vea,
Súbete a la chimenea.*

Josefa López, de La Puebla apunta:

*Al saltar la bardiza,
te enganchaste la longaniza.*

*Como se que te gusta el arroz con leche,
por debajo de la puerta te meto un chorrete.*

*Por tus piernas arriba corro que troto
y al llegar a lo negro clavo el hisopo.*

A esta celebración asistían las madres, quienes aceptaban todas estas bromas por una noche, aunque algunas se disgustasen, y lo abandonaran llevándose con ellas a sus hijas.

Por Reyes era frecuente que los novios obsequiasen con una *serpiente* de mazapán a sus enamoradas, así como los padres lo hacían con sus hijos.

Francisca Martínez Cañabate marchó desde su aldea de El Mingrano (Fuente-Álamo) a otra localidad cercana a un baile en donde la sorteaban:

Me tocó una serpiente de mazapán. El dueño del casino tenía unas ristras de números que las vendían y esos números los compraban los mozos y se los regalaban a las mozas, los doblábamos muy bien y los metíamos en la sortija para que no nos molestaran para bailar.

Era grande la serpiente, en caja redonda, con ojos de cristal, en la boca unas peladillas, como si fueran los dientes. Si te tocaba el mazapán invitabas a tus amigas y al muchacho que te había regalado las papeletas.

Las cruces de mayo, dentro del calendario festivo tradicional, destacan de manera especial pues en ellas se manifiesta en todo su simbolismo el amor. El novio o pretendiente a serlo vestía una cruz de madera con flores: rosas, geranios, margaritas, y la depositaba por la noche en la reja de la ventana o en la puerta de la casa, evitando que se enterasen los moradores. En la cruz se depositaban otros presentes como caramelos y un papel con el nombre del enamorado. Éste quedaba toda la noche vigilando desde un árbol cercano u otro escondite para que nadie se la llevase a ponérsela a otra chica o aún peor, que el intruso le quitase el papel y pusiera en su sustitución otro con su nombre, lo que provocaba altercados importantes.

Grupos de mozos recorrían las calles de nuestros pueblos pintando cruces con almagra en las fachadas de las viviendas donde habitaban mozas, a veces con alquitrán, lo que ocasionaba grandes disgustos y en algún caso se daba parte a la Guardia Civil. A veces para sancionar a las muchachas antipáticas, feas, o que habían declinado peticiones de amor se les ponía cruces con matojos o cardos.

Esa noche tenía lugar el robo de carros y de otros objetos, con el consentimiento, más o menos, de sus dueños.

Gregorio Rabal López participó activamente en la década de los años cincuenta en Balsapintada:

Quitábamos los carros, un carro, un carretón, un arao, un trillo. Lo que se usaba antes. Un rulo de esos de la era, en fin, los enseres que había en el campo pos los llevábamos a la plaza también, a la puerta de la casa del cura. El cura a otro día tenía que esperar que fuéramos los mozos a quitarle los carros pa que saliera. Pero los carros se los llevaban sus dueños a la otra mañana, venían a la plaza cada uno con sus bestias, enganchaba su carro y se lo llevaba, carro o trillo, lo que fuera. Como sabían que eso era una tradición de toda la vida, pues los hombres no decían ná. Alguno se enfadaba un poco porque el carro estaba cargao de cebá, cosas, y entonces el hombre se molestaba porque tenía que venir y...

Salvo el caso de Balsapintada y El Estrecho, ambas pedanías de Fuente-Álamo, dónde los carros eran depositados en el atrio de la iglesia, en el resto de localidades de la comarca eran escondidos, cambiados de dueño o abandonados en las afueras del pueblo.

En ocasiones hubo tiros al aire por parte de algún ofendido propietario, otros dormían dentro del carro para vigilarlo³.

El robo de carros se daba también en Isla Plana en otra fecha: Víspera del Domingo de Ramos. Pueblo del término municipal cartagenero, de tradición marinera, se sigue en la actualidad poniendo en las puertas de las muchachas barcas pequeñas, de las llamadas auxiliares. Ahora con mayor motivo porque ya apenas quedan carros.

La carrera de cintas a caballo, de orígenes medievales, si no anteriores, era y sigue siendo festejo destacado en las fiestas patronales de los pueblos del Campo de Cartagena, momento propicio para que los muchachos mostraran su valor y destreza ante la dama de sus sueños⁴.

Cada muchacha que presidía la carrera desde un palco era llamada presidenta y unos meses antes debía bordar en su pañuelo motivos florales, utilizando hilo de seda, con lo cual estaba cantado que el novio o pretendiente deseara ardientemente llevárselo. Para ser galardonado subía al palco y la dama se lo colocaba en bandolera sobre el hombro, comenzando en más de una ocasión una relación para toda la vida. Según lugares era costumbre que pasados unos días el triunfador visitara a su presidenta para obsequiarla con un presente.

No es de extrañar que a veces se dieran riñas importantes.

En Isla Plana (Cartagena):

Cada mosa se llevaba su sinta y la bordaba. El novio de una quería llevarse la sinta de una presidenta, que era su novia, y yo iba a lo mejor y le quitaba su sinta y entoses e donde venia...(la pelea).

EL PASEO

Todos los pueblos tenían un recorrido establecido para que los domingos por la tarde mozos y mozas paseasen por separado, ellos en grupo y ellas formando una fila cogidas del brazo, aguardando todos la hora de poder asistir por la noche al baile o al cine. Había ya parejas de novios formales, pero otros jóvenes iban en busca de la novia ansiada y para ello, tras buscar con la mirada una moza que les gustase, comenzaban inmediatamente la fase de aproximación, que consistía en acercarse al grupo de muchachas, por lo general bien agrupadas en la protección del colectivo. Esta ruta de galanteo se realizaba en las calles más céntricas de la localidad, sobre

3 SÁNCHEZ CONESA, J. «El robo de carros: ¿Ritual de paso o ritual de rebeldía?». *Actas del I Congreso Etnográfico del Campo de Cartagena. Revista Murciana de Antropología* nº 11 Universidad de Murcia, 2004.

4 MUÑOZ ZIELINSKI, M. *Calendario festivo. Costumbres, usos y fiestas de la Región de Murcia: 1840-1930*. Murcia, 2004.

todo por la calle más larga que solía coincidir con la carretera que la atravesaba, antaño de tierra. No es necesario advertir que por entonces el tráfico era muy escaso, compuesto por algún automóvil y sobre todo por carros de tracción animal.

El pretendiente buscaba afanosamente con sus ojos la mirada de la elegida esperando una señal de complicidad, a la vez que trataba de colocarse junto a ella para caminar al unísono, lo cual no resultaba fácil pues iba rodeada de sus amigas, para ello el mozo debía *pedir el lao*.

Nos lo explica Concepción García Galindo, también en El Estrecho de Fuente-Álamo:

Los mozos se acercaban a las mozas y el chico interesado en una se acercaba y pedía permiso a la amiga de al lao, para que le dejara el lao y poder platicar con ella. Si el muchacho no le interesaba a la muchacha se lo decía a la amiga para que no le dejase el lao.

En La Puebla lo refrendan:

Nos paseábamos por el pueblo, hasta la altura de la farmacia actual, que entonces no había casas y vuelta a empezar. Ninguna nos queríamos poner en la orilla por si se acercaba alguno. Todas queríamos ir en medio. Alguno que estaba interesado pedía permiso a las muchachas pa que se ladearan y quedarse a su lao. La fila se rompía, si es que el muchacho te interesaba. Eso por la tarde y luego baile los días señalaos, o cada quince días, y cine.

La experiencia de José Otón Roca, narrada en nuestras entrevistas en la localidad de El Albujión (Cartagena) es bastante expresiva sobre las resistencias que algunos pretendientes debían vencer:

Conocí a mi mujer en las fiestas de Lobosillo. Estaba paseándose por la fiesta, carretera arriba y carretera abajo. Cuando me arrimaba tomaba unas velocidades ¡No tuve yo que andar muchas vueltas!

(A las muchachas) Cuando no le gustaba uno se ponían en el centro, si le gustaba se ponían en la orilla. Eran muy pillas.

Alfonso García, natural de La Manchica, pero residente en El Albujión, padeció lo suyo para poder establecer finalmente relaciones estables:

Me gustaba una, me acercaba, le hablé. Ella me hablaba o no me hablaba. Yo duro que duro y ella parecía que no quería, pero a última hora quiso. Ella iba con una prima suya. Unas veces hablaban, otras

*veces se reían y yo p'alante. ¡Esta es dura, pero yo voy a ser más duro!
Y en el lio que me metí...es mi mujer actual.*

Nicolasa Álvarez Sánchez nos explica como algunos no disimulaban sus preferencias:

El paseo por la tarde de los domingos, por el centro del pueblo. (Se oía): «La de la trensa, que se ponga en la orilla».

LA GEOGRAFÍA DE LAS RIVALIDADES

Otro elemento a tener en cuenta, pues los padres aconsejaban a veces a su prole de los peligros que conllevaba establecer relaciones con habitantes de determinados pueblos. Así en La Puebla se advertía que los vecinos de La Aparecida gozaban de mala fama por las peleas ya tradicionales en los bailes de las fiestas patronales y se les prohibía la asistencia a dichos actos. En cambio se les invitaba a que participaran en los festejos de Torre-Pacheco o La Palma. Así como que evitaran a los del Algar, porque no eran gentes dadas al trabajo. Circulaba un dicterio en esta localidad de La Puebla que decía:

*En Pacheco está el dinero.
En La Palma fantasía
y en Pozo-Estrecho,
gandules con la barriga vacía.*

Fuensanta Pagán López, de El Albujón:

Se recomendaba no juntarse con los de Pozo-Estrecho. Había choque por los pretendientes, porque los de Pozo-Estrecho eran muy liberales y se reían de las muchachas. Los de Balsapintada eran valientes, daban palizas, peleantes. Bien el Jimenao, nobles. Si vas a Lo Ferro te chumben el perro.

Joaquín Barcelona, de la pedanía fuentealamera de La Pinilla, nos narró un incidente trágico acaecido a principios del siglo XX en Los Vivancos, entidad de población cercana. Conocida era la costumbre protagonizada por los jóvenes de esta última población que obligaban a los mozos forasteros asistentes a las fiestas a beber agua en el pilón de abrevar las bestias, hasta que unos de La Pinilla les dijeron que las tornas cambiarían en aquella ocasión y serían los anfitriones los bebedores. La riña acabó con un muerto, otro quedó sordo y un tercero sufrió la fractura de una pierna. Una especie de peaje a pagar por entrar en el lugar y por tratar de

galantear con las nativas, uno de los casos más claros que hemos encontrado en la comarca de ritualización de las fronteras. Así lo escribe también el cronista oficial de Fuente-Álamo⁵.

Manuel Sánchez García, de La Palma, contaba que Florentina León, personaje muy influyente durante toda la posguerra en dicho enclave, se enfadaba cuando mozo o moza iniciaba relaciones con personas de otras poblaciones, siendo partidaria de los emparejamientos locales.

EL BAILE

Balbina García Pagán de El Estrecho de Fuente-Álamo rememora los bailes de su juventud y el ritual del cortejo:

El pretendiente pedía el lao a la amiga de la pretendida y se sentaba con su silla junto a la silla de la moza, o en frente de ella, que era lo más frecuente. Una fila de mozas en sus sillas, otra fila de mozos enfrente y en un rincón las viejas, las madres de las muchachas, sentás, pegás a la pared.

En Roldán nos encontramos lo mismo. Pero señalan nuestros informantes algo que no se nos puede pasar por alto como es la estrecha moralidad de la época:

Se pedía el lao a la amiga que la acompañaba para pasearse. También se pedía en el baile, donde el grupo de amigas estaban sentadas alrededor de la pared y el pretendiente llevaba una silla vacía que se la dejaba a la amiga que estaba junto a la que a ti te gustaba. A veces una mirada bastaba y te dejaba la silla.

Se criticaba a la moza que se quedaba hablando con el mozo en una esquina. Y ya no gustaba la que había tenía novio.

José Otón nos vuelve a comunicar su experiencia, esta vez sobre el baile, un acontecimiento siempre esperado con ilusión, aunque no exento de dificultades que los mozos debía sortear:

En el baile p´a poder sentarte al lao de ellas tenía que pasar mucho tiempo, no era el primer día. Yo bailé con mi novia, que es mi mujer, seguramente a los dos o tres años, o más.

⁵ NIETO CONESA, A. *La Pinilla. Contrastes de una población rural en el entorno de los años 50*. Fuente-Álamo, 2004.

José Nieto Bernal nos comenta en una entrevista realizada también en El Albujión su experiencia en los bailes que se celebraban en el casino del barrio cartagenero de Los Dolores:

Estaba bailando la pareja y le daba el novio la chaqueta a la suegra o futura suegra pa que la tuviera ella. Hará de esto más de cincuenta años.

En amena charla tratamos de vislumbrar el sentido de esta costumbre peculiar, que hasta la fecha sólo hemos hallado en este lugar. Nadie se atreve a hilvanar una explicación, pero a mi me parece que se trata de dejar la chaqueta como prenda que disuade al pretendiente de llevarse a la novia, de ser así la perdería. Claro que este argumento no es muy sólido porque la pasión del momento no se detiene ante inconvenientes tan superfluos. Máxime cuando después de un rapto pactado por la pareja, cosa frecuente en aquellos años, después de la sorpresa y el disgusto primero, los padres de la muchacha perdonaban y acogían a los fugados. Siendo así la chaqueta tornaría a su dueño. Creemos más bien que se trata de un préstamo más simbólico que material.

EL PERMISO

Momento trascendental porque el novio deberá conversar con el padre de la novia para obtener el permiso y así galantear dentro de la vivienda con la hija. Pero para llegar aquí pasaban meses de relación, una vez consolidada la relación, porque conseguida la confianza paterna no se debía mancillar la honra de la familia. De todas maneras guardaban mucho las distancias con *el intruso*, pues nunca se le ofrecía bebida alguna, y mucho menos se le invitaba a compartir mesa y mantel, aunque llevasen años de noviazgo. Es más, si durante el trascurso del cortejo la muchacha era requerida por sus padres para cenar, el joven debía permanecer solo en la entrada aguardando el retorno de la amada.

Alfonso, muy atrevido, cuenta su experiencia:

Y a los dos meses (de relación) yo no sabía de que sitio era. No me lo quiso decir, pero yo conocía a uno que la conocía y pregunté. Fui al pueblo, Valladolides, pero vivía en una casa sola a medio kilómetro. No tenía luz eléctrica. Allí estaban tomando el fresco en la puerta, tres o cuatro mujeres. La abuela, la madre, ella, la hermana. Yo no sabía cuala era. «¡Buenas noches!» Y cuando la conocí: «Mira, que no sabía donde vivías». Estuve un rato. No me sacaron silla. No se molestaron mucho.

Yo tardé (en entrar a la casa) del verano hasta noviembre y le dije a la novia: «Oye que a esto hay que darle un apaño, yo no quiero pasar

frío este invierno aquí en la puerta. Dile que salga» (tu padre). Salió el padre. Ella se quedó dentro. Me dijo que en su casa la formalidad era número uno y que yo por mi parte procuraría que no pasara ná.

El grupo de encuestados en Roldán confirma lo que hemos hallado en casi todos los lugares, que la novia avisaba que su pretendiente vendría a pedir permiso. Normalmente ella no estaba presente en dicho encuentro, por lo común breve, que tenía lugar en la propia puerta o acaso en el recibidor.

Nos aclaran que muchos padres, con más frecuencia de lo que podíamos pensar, delegaban esta decisión tan delicada en sus esposas, quienes tenían encomendada la tarea de controlar a la joven pareja acompañándoles a los bailes o al cine, marchando siempre detrás de ellos en los traslados a estos lugares, por ello se les llamaba con el nombre de *gasógeno*, aunque el más popular era *la carabina*.

Luciano Martínez Ros reproduce las palabras más o menos empleadas para la ocasión:

—Sabe usted que estoy hablando con su hija y quiero pedirle permiso para entrar en su casa.

El padre respondía:

—Lo único que pido es formalidad y que no vayas a reírte de mi hija.

Dice bien Luciano: «...estoy hablando con su hija», porque el noviazgo era charlar y por ello casi todos utilizaban la fórmula: «*Le pido permiso para entrar a esta casa a hablar con su hija*». Y las vecinas comentaban: «*Fulanico le habla a la hija de Menganica*».

Testimonio muy curioso facilita Gregorio Rabal López, en Balsapintada, pues recuerda la narración de su abuelo a cerca de la solicitud del permiso en su época, últimas décadas del siglo XIX. El pretendiente tiraba su cayado dentro de la casa de la muchacha deseada. El padre de ella daba una voz que era positiva para los propósitos del joven cuando decía: *¡Porra dentro!* Y negativo si exclamaba: *¡Porra fuera!* En este último caso, además, arrojando el cayado a la calle. Esta acción simbólica tan contundente sustituía a la conversación.

La aportación es interesante porque esto mismo lo habíamos leído como propio de la huerta de Murcia, sin embargo es la primera y única referencia hasta la fecha encontrada en el Campo de Cartagena. Nos añade Gregorio que su abuelo portaba un farol en la mano cuando se desplazaba por las noches a visitar a su novia e iba armado, cosa frecuente en aquellos tiempos.

Josefina López Martínez aporta otros datos como era la preocupación de los padres de la joven por las cualidades morales del muchacho y la no menos importante posición social:

Al pedir permiso el padre decía que no quería que le cortaran la cara (no pasar vergüenza). Se pedían informes si no era del pueblo. Si la pareja se disgustaba y se reconciliaban tenía que volver a pedir permiso. Eso si que era duro. Se buscaban fincas, los que tenían fincas buscaban fincas, casarse iguales.

Por lo general la casi totalidad de los informantes comentan: *Que antes lo del interés (económico) era ordinario. Ahora no.* La oposición paterna por estas cuestiones era causa del rapto, o como decimos aquí: *Llevarse a la novia.* Además de otras razones alegadas como la pasión desmedida por vivir juntos o el ahorrarse los gastos del convite.

EL GALANTEO EN CASA DE LA NOVIA

Los días de visita del novio eran tradicionalmente los miércoles, sábados y domingos. A los viudos correspondía el jueves. Salvo el domingo, por ser festivo, el resto de días se dedicaba a este menester el tiempo que va desde la finalización de la cena hasta las once o las doce de la noche. El lugar de la vivienda destinado a este cometido era la entrada o recibidor, que en las construcciones de antaño era un espacio amplio. La madre, que recibe varias denominaciones burlescas como ahora tendremos oportunidad de comprobar, guardaba estrecha vigilancia, unas veces en la misma pieza frente a la pareja, o bien, según los casos, al otro lado del arco portal, que unía el recibidor con el comedor, sin puertas de por medio.

En la pequeña localidad de San Isidro, zona oeste del término cartagenero nos hablan del jueves como día destinado a los viudos, y además nos cuentan más cosas. Tiene la palabra Encarnación Quiñonero Rubio:

Entre las sillas de los novios debía coger un gato. En la entrada, con toda la familia y con toda la luz que se podía: un quinqué, un chumino, candiles. La vieja tosía en señal de peligro o movía la silla haciendo ruido para llamar la atención de los novios.

A la suegra se le llamaba la carabina y a estar vigilando «hacer cestos». Algunos novios corrían la cántara p'a tapar el quinqué y aprovechar algún pellizco. La vieja no debía levantarse de su silla, cuando algún crío pedía agua, mandaba a la hija, a la novia. Ella no abandonaba su puesto.

Otra narración nos lo confirma, la de Nicolasa Álvarez Sánchez, que residía en un caserío, entre El Jimenado y Pozo-Estrecho:

Eran los miércoles, sábados y domingos, después de cena, en sillas y la vieja «haciendo cestos», en frente. La vieja le daba cuerda al reloj para decir que la visita terminaba.

María Sánchez Soto, de La Puebla:

La suegra en el comedor y la pareja en la entrada, no había puertas sino arcos. El quinqué lo tenía la suegra y carraspeaba si el ambiente se ponía raro. Mi madre tenía cuatro hijas a las que vigilar. Un hombre de San Pedro del Pinatar contaba que una cabra balaba y la suegra no salió a recogerla hasta que viniera el marido, por no dejar a la pareja sola.

A este respecto hemos hallado el caso de un ingenioso joven que antes de entrar a la casa de la novia abría la puerta del corral para que las gallinas escaparan. Una vez dentro de la vivienda la suegra se percataba del problema, por el cacareo de las aves, marchando inocentemente a recogerlas, dejando a la pareja a sus anchas. Hasta que por fin la buena mujer cayó en la cuenta que los días de galanteo, extrañamente, coincidían con la escapada de las gallinas. Pasados los años aún se lo recordaba la suegra al ya marido de su hija: «¡Que pillo eras!».

Lo cuenta Agustín Luján Mercader, en El Albujón:

Se ponían en la entrada y la suegra se ponía en frente, sin parpadear. La madre en el arco portal y allí estaba colgá la cántara. No se obsequiaba con ná. Yo merendé en casa de mis suegros a los tres años de ser novios. Cuando terminabas de trabajar te ibas a las ocho o a las nueve hasta las once. La vieja tosía, daba golpecicos con el pie en el suelo o zurría las tenazas del fuego del hogar cuando la escena subía de tono.

El novio se iba cuando la novia ponía la escoba. Era típico verse los amigos en el bar, después del galanteo, cuando salían de las casas de las novias.

Si la relación amorosa prosperaba tenía lugar la ceremonia de *la pedida*, popularmente conocida como *la compra de la burra*, en la vivienda de la novia, por la noche y a la que acudían los padres del novio, acompañados de sus hijos o algún familiar próximo como pudieran ser los padrinos de bautismo del novio. El padre pedía para su hijo la mano de la novia al dueño de la casa y tiempo después celebraban la boda. Pero esto es ya otro artículo.

BIBLIOGRAFÍA

- BERMEJO ARNALDOS, J. J. El noviazgo tradicional: «Llevarse la novia» y otras costumbres. En Montes Bernárdez, R. Director. Historia de Las Torres de Cotillas (Murcia). Volumen I. Murcia, 2005.
- CARO BAROJA, J. La estación del amor. Fiestas populares de mayo a San Juan. Circulo de Lectores. Barcelona, 1992.
- FERNÁNDEZ DE ROTA MONTER, J.A. El moceo en Galicia: Un análisis comparativo. En Álvarez Munárriz, Flores Arroyuelo, González Blanco, editores. Cultura y sociedad en Murcia. Universidad de Murcia.
- FRIGOLÉ REIXACH, J. «Llevarse a la novia»: Matrimonios consuetudinarios en Murcia y Andalucía. Universidad Autónoma de Barcelona. Barcelona, 1986.
- GARCÍA HERRERO, G.; SÁNCHEZ FERRA, A; JORDÁN MONTÉS, J.F. La memoria de Caprés. *Revista Murciana de Antropología*. Universidad de Murcia, nº 4, 1997.
- JORDÁN MONTÉS, J.F. y DE LA PEÑA ASECIO, A.: Mentalidad y tradición en la serranía de Yeste y Nerpio. Albacete, 1992.
- LISÓN TOLOSANA, C. Antropología social en España. Editorial Siglo XXI. Madrid, 1971.
- LISÓN TOLOSANA, C. Antropología cultural de Galicia. Ediciones Akal. Madrid, 1990.
- LISÓN TOLOSANA, C. Invitación a la antropología cultural de España. Ediciones Akal. Madrid, 2004.
- LÓPEZ MEGÍAS, F. R. y ORTIZ LÓPEZ, M.J. El etnocuentón. Tratado de las cosas del campo y vida de aldea. Almansa, 1997.
- LUNA SAMPERIO, M. Las cuadrillas del Sureste. Trenti Antropológica ediciones. Murcia, 2000.
- MONTES BERNÁRDEZ, R. Director. Aspectos tradicionales de Las Torres de Cotillas. Murcia. 1997.
- MUÑOZ ZIELINSKI, M. Calendario festivo tradicional. Costumbres, usos y fiestas de la Región de Murcia: 1840-1930. Murcia, 2004.
- NIETO CONESA, A. El Albujón en su historia. Fuente-Álamo, 2001.
- NIETO CONESA, A. En mitad del camino: El Jimenado en su historia. Fuente-Álamo, 2003.
- NIETO CONESA, A. La Pinilla. Contrastes de una población rural en el entorno de los años 50. Fuente-Álamo, 2004.
- SÁNCHEZ CONESA, J. La Palma. Un pueblo cuenta su historia. Torre-Pacheco, 1998.
- SÁNCHEZ CONESA, J. Ritos, leyendas y tradiciones del Campo de Cartagena. Editorial Corbalán. Cartagena, 2004.

- SÁNCHEZ CONESA, J. El robo de carros: ¿Ritual de paso o ritual de rebeldía?. *Actas del I Congreso de Etnografía del Campo de Cartagena. Revista Murciana de Antropología, n° 11*. Universidad de Murcia, 2004.
- SÁNCHEZ FERRA, A, J. Camándula. El cuento popular en Torre-Pacheco. *Revista Murciana de Antropología n° 5*. Universidad de Murcia, 2000.
- SÁNCHEZ MARTÍNEZ, M. Llevarse a la novia: Algunas consideraciones al respecto de una costumbre social. *Seminario sobre Folklore*. Ayuntamiento de Murcia, 2001.